

LA CATEQUESIS COMO INICIACIÓN EN LA VIDA LITÚRGICA Y SACRAMENTAL

JOAN GUITERAS VILANOVA
FACULTAD DE TEOLOGÍA DE CATALUÑA
INSTITUTO SUPERIOR DE LITURGIA DE BARCELONA

Se trata de la dimensión celebrativa de la catequesis. Un tema importante, pero que no puede ser desgajado de lo que es el horizonte catequético en la actualidad. En primer lugar, la catequesis ha de ser vista en su cuádruple dimensión. La transmisión de la persona de Cristo, la vivencia de su intimidad, supone mostrar e interiorizar la fe creída, la fe celebrada, la fe vivida y la fe contemplada. En efecto, las cuatro partes del CCE forjan una unidad que debe mantenerse para que la catequesis sea una verdadera escuela de vida cristiana, para que no se evapore su esencia. Esta realidad, a mi parecer, es tan clara que tales dimensiones catequéticas se implican totalmente. De manera que una catequesis separadora de estas formalidades no cumpliría con su cometido. Ni sería catequesis.

En segundo lugar, el DGC no hace otra cosa, en tanto que instrumento metodológico del CCE, que confirmar las anteriores afirmaciones. Plasma la lógica catequética. Y desea superar las dificultades que se han dado, en otros momentos, entre los distintos lenguajes tradicionales de la catequesis. El DGC pasa, pues, a ser un bello instrumento que ordena todos los elementos y les otorga el correspondiente lugar, de manera que entre todos puedan ofrecer una sinfonía catequética de acuerdo con las necesidades de nuestro tiempo y para presentar el Evangelio en su más genuina originalidad.

La conjunción del CCE y el DGC supone una renovación muy interesante en el quehacer catequético. Contiene una dinámica imparable en pro de la

transmisión de la fe. En efecto, “el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo¹”.

La formalidad cristocéntrica del mensaje evangélico que se quiere transmitir y que, con la gracia, será acogido por el catequizado nos lleva a la iniciación cristiana. Por tanto, a la liturgia, que es cima y fuente de la vida cristiana. En modo alguno se quiere afirmar un panliturgismo. Esta postura sería una visión hartamente corta, tanto de la catequesis como de la misma liturgia. Pretendemos solamente, por si fuera necesario, mostrar el papel correspondiente a la liturgia en el proceso de formación catequética y por tanto en la vida del discípulo del Señor. Lo justo y necesario es la vertebración de lenguajes y experiencias.

El tema de la liturgia tiene en cuenta, de un modo especial, la iniciación cristiana. En ésta convergen las grandes líneas de la catequesis. Y se imbrican de tal manera que el resultado, como venimos diciendo, es la complementariedad en pro de la unidad. Única manera de seguir el proceso de la iniciación. Revisando diversos estudios sobre el DGC hay una cadencia común: la iniciación². Sin duda, un signo de nuestro tiempo. Algo que Dios nos plantea en la auscultación del talante del mundo actual.

I. UNA MIRADA HACIA ATRÁS, SIN IRA

¿Ha habido contenciosos entre catequesis y liturgia? ¿Cuáles han sido exactamente? ¿Por qué una determinada distancia? Estos interrogantes tienen respuesta: se han dado contenciosos; el mismo DGC los enumera. Han existido por causas en la manera de concebir la catequesis, fundamentalmente -esquematzamos- entre quienes -deudores de una historia más o menos lejana- primaban la cuestión doctrinal o dogmática y se situaban en un particularismo devocional con muy poca referencia a la liturgia, y aquellos que querían una formación más asentada en la vida y, a veces, diluían el contenido catequético e introducían elementos muy ajenos a la *narratio* de la fe, sirviéndose de gestos o ritos con escasa referencia a la liturgia o, si se prefiere, con unos ritos y signos que, dada su formalidad, difícilmente llevaban a los signos sacramentales de la Iglesia.

¹ DGC 8.

² Cf. A. CAÑIZARES-M. DEL CAMPO, *Evangelización, Catequesis, Catequistas. Una nueva etapa para la Iglesia del Tercer Milenio* (Madrid, Edice, 1999).

Conviene notar, no obstante, que el movimiento litúrgico y el catequético recorrieron juntos bastante trecho en muchos ambientes. En Cataluña -es el ejemplo del que puedo testimoniar- muchos liturgistas eran también grandes catequetas. Ambas realidades tenían como substrato el descubrimiento del sentido de Iglesia. Hay otro momento, en el marco de una teología que busca una renovación, en que se hacen presentes -con cierta radicalización- unas diferencias más notables. Quiero indicar esto para subrayar que la catequesis y la liturgia son deudas de la teología. Y que la catequesis ha conocido también los diversos avatares de una pedagogía que, a lo largo del siglo XX, tuvo una gran emergencia y mismamente mucha pluralidad. A fin de cuentas, todos los hijos de la Iglesia somos -por suerte- hijos de nuestra época.

No quisiera ser injusto con las anteriores afirmaciones. Muchos cristianos fuimos educados en ambientes en los que contaba mucho lo doctrinal y con unos catequistas que tenían más buena voluntad que preparación y que, en muchísimas ocasiones, simplemente nos hacían aprender las respuestas a las preguntas que constaban en el mismo Catecismo. No dejo de recordar, con agrado y agradecimiento, a los catequistas y sacerdotes que me ayudaron a conocer más la fe y a crecer en ella. La situación actual de la catequesis, también con sus problemas, pero en una manera más boyante, obedece a otra circunstancia. Y, de todos modos, la realización en nuestras comunidades tiene sus riquezas y sus carencias. La teoría -necesaria- no allana todos los problemas. Aporta luz, pero luego son los responsables de la catequesis quienes deben poner manos a la obra. Y ni todas las manos ni todas las obras son garantía de perfección.

De todos modos hay que valorar el hecho de tantos -especialmente tantas- catequistas presentes en nuestras parroquias y movimientos. Son un gran regalo de Dios. Son una buena movida para la Iglesia de nuestro tiempo y para la transmisión de la fe. El Señor haga que ni los sacerdotes ni los catequistas religiosos o laicos caigan en el desánimo en esta hora agitada que estamos viviendo. No olvide nadie que la situación es mutante en relación con períodos anteriores. El cambio técnico nos ha llevado a una transformación social. Lo que parecía adquirido parece perdido u olvidado. Una mirada a la historia nos ofrece un dato interesante: las épocas de crisis siempre han tenido su repercusión en la Iglesia. No nos extrañen determinados fenómenos. Quizá pueda parecer o ser más arduo transmitir el Evangelio. No obstante, nunca ha sido fácil la acogida del mensaje evangélico. La simiente que no da fruto será siempre un misterio. Lo dejamos en manos de Dios, puesto que es experto en misterios. Y nosotros nos afanamos, amando nuestro mundo, en la tarea que nos ha sido

encomendada. Los apóstoles, en un orbe pagano, dieron la vida por el anuncio evangélico. Pablo no cesaba de predicar a Cristo ni cuando estaba atado a las cadenas que le retenían en la cárcel.

II. PERO, ¿QUÉ PROBLEMAS SE DABAN, MÁS EN CONCRETO, ENTRE CATEQUESIS Y LITURGIA?

El Cardenal Castrillón, prefecto de la Congregación para el Clero, cita, en un estudio³, algunos problemas de la catequesis, con el deseo de hallar solución a los mismos⁴. Los citaremos todos y luego consideraremos más atentamente la relación catequesis-liturgia.

Se trata de convencerse de esta realidad: “que la catequesis es escuela de fe, como aprendizaje de toda la vida cristiana”. Importa la interrelación entre Escritura, Tradición y Magisterio. El objetivo de la catequesis es la comunión con Jesucristo. Por ende, hay que presentar el misterio de Cristo tanto en su humanidad como en su divinidad. Equilibrio difícil a lo largo de la historia eclesiástica. Es decir, hay que mostrar la realidad del misterio de la Encarnación. Se deben obviar algunas lagunas sobre Dios, el hombre, la creación, el pecado, la gracia y los novísimos. La catequesis no puede olvidar una buena formación moral. Debe presentar la historia de la Iglesia y también la doctrina social, elemento este muy importante en los últimos periodos de la historia.

Subrayamos ahora el aspecto litúrgico. “La catequesis está intrínsecamente relacionada con toda la acción litúrgica y sacramental. A menudo, sin embargo, la praxis catequética revela un vínculo débil y fragmentario con la liturgia: limitada atención a los signos y ritos litúrgicos, falta de incisividad sobre el arte sacro en todas sus gamas, escasa valoración de las fuentes litúrgicas, recorridos catequéticos poco o nada relacionados con el año litúrgico, presencia marginal de celebraciones en los itinerarios catequéticos”⁵.

La pedagogía, que ha incidido en lo metodológico y las técnicas, debe tener muy en cuenta las exigencias de la pedagogía divina; el contenido y el método han de mantener su justo lugar sin oponerse el uno al otro; conviene

³ *El Directorio General para la Catequesis: motivos y criterios de la revisión*, en CAÑIZARES-DEL CAMPO, o. c., 37.

⁴ DGC 30.

⁵ CASTRILLÓN, o. c., 38.

una necesaria memorización de cosas fundamentales. La transmisión del Evangelio se ha de hacer en el horizonte cultural de cada pueblo; el anuncio aparecerá como una gran noticia y al mismo tiempo con su integridad. Es preciso potenciar la formación para el apostolado y para la misión *ad extra*. Las misiones son un factor importante en la vida eclesial y, por tanto, en la formación del catequizado.

¿Por qué hemos citado todos estos aspectos que aparecen en el DGC? Por la incidencia que cada punto pueda tener en la liturgia. Y esto por causa de la unidad de todos los aspectos que requiere la catequesis en su entidad.

De todos modos, ¿cuáles son los principales problemas litúrgicos? Han sido ya mencionados. El común denominador es la relación intrínseca de la catequesis con la acción litúrgica y sacramental. Esta afirmación tiene tanto vigor que la acción catequética no puede tener, en modo alguno, una relación débil ni fragmentaria con la liturgia. Recientemente se me pidió ofrecer unos esquemas, para la confección de un catecismo regional, que integraran los elementos litúrgicos, de modo que se tuvieran en cuenta tanto los momentos fuertes del año litúrgico como los signos básicos sacramentales. No conozco el resultado del intento, pero me pareció acertada la demanda y la intención de reforzar o ensamblar la catequesis y la liturgia.

Por tanto, todo lleva a una necesaria valoración de los signos y ritos litúrgicos, lo cual significa adentrarse en el espíritu de la liturgia. La acción litúrgica hablará un lenguaje más claro en la medida que sean más conocidos los signos y los ritos. Si la catequesis del signo y del rito no son clarificados, difícilmente se llega al significado último de la liturgia, a la celebración del misterio de Cristo. ¿Es la liturgia un lenguaje cifrado? Sí, de algún modo. Forma parte de la iniciación. Necesita una catequesis y es intrínseca a la catequesis. Hablamos, cierto, de conocimiento y hablamos de la misma celebración. Forma parte de la fidelidad catequética asumir el aspecto litúrgico y frenar algunos impulsos creativos personales, procedentes quizá más del buen deseo de motivar que del hecho objetivo y eclesial que tiene una enorme dinámica y que hace presente la tradición viva de la Iglesia.

Catequesis y liturgia deben atender al arte sacro en todas sus gamas. Las grandes catedrales y muchos templos cristianos son un primor artístico. El catequizado, a través del arte religioso, puede llegar a vislumbrar la belleza de Dios y de las virtudes teologales. El arte puede ser fundamentador de la fe. La imagen forma parte de la revelación divina. La Sagrada Escritura gusta mucho de las imágenes, hasta el punto de que no le preocupan las definiciones a las que los occidentales estamos tan acostumbrados. La

imagen sugiere lo sobrenatural como realidad abierta, como algo que nos supera y que no podemos describir adecuadamente. Pero como realidad fascinante. La imagen abre, por su misma apertura, a la realidad de Dios y de lo que nos ha sido revelado. La definición, por contra, reduce y cierra las cuestiones. Dios está más allá, lo sabemos, de toda definición. Su belleza y la de su obra son sugerentes. Y nos anuncian lo que será la vivencia total en su presencia amorosa. El catequista ofrecerá una buena conexión con el arte sagrado. Recuerdo, a este propósito, una delegación diocesana que organizaba, sirviéndose de los museos, cursos para catequistas sobre el arte románico, el gótico, el moderno, etc. Esta iniciativa fue bien acogida por muchos catequistas.

Las fuentes litúrgicas, es decir, el misal, los rituales, los escritos de los Padres, etc. importan mucho a la catequesis. A medida que ha habido la superación de la liturgia como algo simplemente exterior -una suerte de gimnasia en las posturas de la asamblea- y se ha trabajado la teología de la liturgia y de los sacramentos, ha aparecido más claro que la teología debía contar más con la tradición litúrgica. A fin de cuentas nos da unos datos de la revelación que forman parte de la tradición viva eclesial. Nos descubre que la Iglesia de hace dos mil años celebraba la misma Eucaristía, por ejemplo, que la de hoy. Conducen al aprendizaje de la oración, que no debe andar lejos de la liturgia so pena de introducir una dicotomía espiritual en los fieles. Gracias a Dios, la reforma del Concilio Vaticano II ha sido muy fructífera en el aspecto celebrativo: basta asistir a las asambleas litúrgicas de nuestras parroquias para caer en la cuenta de la gran transformación litúrgica operada y vigente en las diversas comunidades. La liturgia es también fuente de la vida espiritual. Forma parte de ella la misma Palabra de Dios. Lo que el credo anuncia, la liturgia lo celebra. No es por tanto un elemento cualquiera de la catequesis, sino una verdadera introducción en la vida cristiana. A fin de cuentas, el sacramento es signo eficaz de la gracia. Vale la pena trabajar tanto el elemento objetivo como el subjetivo.

El Año Litúrgico tiene su puesto en la catequesis. Es el ofrecimiento de la celebración del misterio de Cristo en sus aspectos más fundamentales y la fuerza motriz del ejercicio de las virtudes que forman la vida cristiana.)Qué mayor comunión con Cristo nos puede ofrecer la Iglesia? El año cristiano da la oportunidad de contemplar la figura del Verbo Encarnado, de fijarse en su persona, de interiorizar su obrar, de imitarle tal como le pertenece al discípulo... La catequesis es escuela de vida cristiana. Esta vida cristiana se recibe y fortalece en los sagrados misterios. La liturgia, bien celebrada, vivida conscientemente y participada activamente, nunca podrá ser una especie de escapada de la realidad. Todo lo contrario, la liturgia, por su misma entidad,

no hace concesiones, sino que, como celebración del misterio pascual, compromete totalmente a enfrentarse con la realidad mundanal, en la espera de que, habiendo trabajado por el bien, se alcanza la realidad, que es la visión inamisible y feliz de Dios. Realidad última y plena por la cual nos ayuda a suspirar la liturgia. Y de un modo especial la bella trama que teje el tapiz del año litúrgico.

Junto al Año Litúrgico -aunque el DGC no se refiera directamente a ello- está el santoral. Recientemente ha aparecido una nueva edición del Martirologio, donde constan los santos de cada día. Recuerdo que, en los inicios de mi quehacer catequético, los niños y los adolescentes me pedían que les contara vidas de santos. Debo reconocer que, en aquel entonces, sentí cierta perplejidad. Pero caí en la cuenta del valor de la pedagogía del héroe, especialmente para los adolescentes. Y también en la necesidad de ejemplos para los pequeños, a quienes gustan mucho las historietas. Hasta el punto de que les mantienen totalmente atentos. El santoral nos aproxima tanto a la Biblia como a la historia de la Iglesia. Ambas deben figurar en la catequesis. La primera es fuente catequética, puesto que es la Palabra de Dios. La segunda debe formar parte de la memoria del nuevo Pueblo de Dios: es también historia salvífica y hace descubrir cómo Dios actúa entre los enmarañamientos que los humanos, tan torpemente y so capa de inteligencia, solemos causar.

Las celebraciones, en todo proceso catequético, tienen una cabida necesaria. No son un adorno ni una actividad cualquiera o un simple elemento para la interiorización. Claro que sirven para interiorizar. E interioriza en el más genuino sentido de la palabra. Poner en contacto con Dios, celebrar la revelación, entrar en el misterio salvador, sentirse miembro de la Iglesia... En este sentido, a pesar de la legítima creatividad, uno no debe alejarse demasiado de los grandes ejes litúrgicos y de lo que conduce a ellos. En caso contrario, podríamos dejar al catequizado en una suerte de lejanía valorativa de la liturgia. Es clásica la afirmación latina *lex credendi lex orandi* (la ley de la fe es la de la oración). Fe y celebración se necesitan. E implican tanto la vida nueva como la contemplación.

En este aspecto, puesto que la catequesis de la iniciación de adultos se considera el modelo de toda catequesis, sería necesario explorar qué tipo de iluminación litúrgica puede dar a los diversos itinerarios catequéticos el Ritual para la Iniciación Cristiana de los Adultos (RICA). Será un libro litúrgico de referencia base. Ofrece una gran riqueza litúrgica y ayuda a marcar un ritmo, seguramente transportable a los diversos procesos de la catequesis, tanto si se trata de la infantil como de la de los adultos.

La liturgia favorece la organicidad de la catequesis, descubre el don de Dios, implica un mensaje de liberación, introduce en la Iglesia, da vida a la Palabra proclamada, celebra el misterio del Salvador... Y confirma la robustez del mensaje evangélico. Ayuda a la transmisión de signos y plegarias para el constante diálogo con el Señor. Muestra también la necesidad del culto debido a Dios, de tal modo que nos hace comprender la justicia que posee la misa dominical: un encuentro con el Señor para agradecerle sus dones. En este agradecimiento se nos da la doble mesa: la de la Palabra y la del Cuerpo de Cristo. ¡Encuentro deseado!

Quiero advertir que la Liturgia, en muchas ocasiones, no ha sido demasiado dúctil en sus maneras. Y, tal vez, ha olvidado la funcionalidad del rito. La liturgia, como hemos insinuado anteriormente, parecía, en determinados tiempos, algo totalmente intocable no ya en lo que es de institución divina, sino en lo que eran meras opiniones de los liturgistas. Los mismos liturgistas contaban recientemente, y con buen sentido de autocrítica, un chiste en el que se pregunta al interlocutor cuál era la diferencia entre un terrorista y un liturgista. Uno se quedaba sin respuesta y entonces el buen liturgista proseguía: "Con un terrorista se puede pactar, con un liturgista es imposible". El humor es acertado cuando consiste en reírse de uno mismo. La liturgia también necesita humor. La liturgia no puede ser tensa. En este caso la celebración está llena como de rígidos témpanos. Si tuviera esta naturaleza, no conseguiría la distensión que requiere el gozo de la celebración de los misterios ni daría el confort espiritual que todos necesitamos. ¡Todos somos pecadores! Reconozcamos nuestros pecados. También los litúrgicos. Y enmendémonos.

III. ¿LA CATEQUESIS Y LA LITURGIA SE HAN APROXIMADO?

La respuesta inmediata es afirmativa. No se trata de un matrimonio de conveniencia. Pero sí que la realidad pastoral las ha aproximado. ¡Sea en buena hora! Mons. Julián López ha escrito que, a pesar de que las relaciones entre liturgia y catequesis no han sido siempre amistosas, la situación de increencia que vivimos y el hecho de que ambas acciones se dirijan a un sujeto insuficientemente evangelizado, han propiciado el encuentro entre liturgistas y catequetas⁶. Y se ha dado un acercamiento en los respectivos

⁶ MONS. J. LÓPEZ, "El "Directorio General para la Catequesis" y la Liturgia": Phase 225 (1998) 195.

lenguajes. Se han debido atender las necesidades legítimas tanto de la liturgia como de la catequesis. Por fin los expertos en liturgia y los técnicos en catequesis han reconocido sus propios pecados y han acercado posiciones. Estamos, pues, al menos en el plan teórico, en una situación adecuada y que ofrece grandes progresos y oportunidades.

El CCE, fruto del concilio Vaticano II, pero pedido formalmente después de los veinticinco años de su celebración, ha podido sancionar dicha aproximación. Y, por tanto, ofrecer un Catecismo que ha otorgado, de manera admirable, una bella segunda parte dedicada a la fe celebrada. Así mismo, la aparición del DGC ha iluminado la constitución de la catequesis y el papel de los lenguajes. Ambos documentos, distintos y complementarios, diferentes en su valor, han construido una pista en la que se puede desarrollar muy bien la formación de los cristianos. Dos escritos que, junto con los catecismos elaborados por las diócesis y los directorios catequísticos, sancionan con nuevo vigor la catequesis y, dadas las circunstancias actuales del mundo, la colocan bajo el signo de la “nueva evangelización”⁷.

Es un secreto a voces decir que la liturgia, en el CCE, se ha llevado la tajada del león. Dada la dinámica del concilio Vaticano II, cuyo primer documento aprobado fue la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, era normal que el CCE recogiera este primer fruto maduro y lo insertara en él. Hay que decir que esta segunda parte del CCE está muy bien elaborada. Tiene incluso algunas diferencias con las otras, una de las cuales es la mayor coherencia interna. La confección ha supuesto, a mi modesto entender, una mayor coordinación de manos e ideas en relación con las otras tres partes. El citado autor afirma, con claridad y razón, que liturgia y catequesis tienen unos retos comunes. Fundamentalmente enumera la ‘respectiva credibilidad’, ‘la formación de la fe de los candidatos a los sacramentos’ y ‘la finalidad evangelizadora’.

En cuanto a la credibilidad conviene decir que la catequesis debe ser seria. No en el sentido de alejarla del talante alegre del que deberían gozar los proclamadores y acogedores de la Buena Noticia, sino en el aspecto de que debe ofrecerse un manjar sólido y válido. Esto sugiere el rigor necesario para que el catequizado, al llegar a la plenitud de la iniciación, por la recepción de los sacramentos, pueda dar razón de su fe. Me parece

⁷ Preferimos usar siempre la expresión ‘nueva evangelización’ por razones clarificadoras con la terminología tanto catequética como litúrgica. En la misma Escritura la evangelización es el primer anuncio. En el RICA, después de la evangelización, sigue la entrada en el catecumenado,

totalmente imprescindible en nuestro tiempo y en la misma insistencia que ponemos los cristianos en el diálogo entre la ciencia y la fe.

Por otro lado, el iniciado deberá tener unas convicciones claras que den a su andadura un paso seguro ante el goteo constante del agnosticismo y la increencia. O si se prefiere, ante los valores que ofrece la sociedad y que, a menudo, no casan con los evangélicos. Esto requiere un aprendizaje cordial de la pedagogía divina, obvia tanto en la historia de la salvación como en la inevitable pequeñez de una existencia humana que se halla limitada en el ruedo de toda la realidad como algo sacramental. Por tanto, es indispensable mostrar la dimensión sacramental de la existencia humana y, por tanto, de la vida cristiana. El sacramento como realidad inherente a nuestra naturaleza y, en consecuencia, como connatural al existir cristiano⁸.

Catequesis y liturgia se unen para forjar la fe de los creyentes en Jesucristo. Es decir, a los que van a recibir los sacramentos. En este sentido -seguimos los pasos de Mons. López- la liturgia ha adquirido el sentido de la importancia de la 'Mistagogia', de la conducción al misterio o sacramento. Y quiere tener muy en cuenta la fe del que recibe los sacramentos. Así se obtiene el equilibrio necesario entre el *ex opere operato* y el *ex opere operantis*. Los sacramentos mantienen su eficiencia objetiva, pero son acogidos por alguien que los recibe con el alma abierta. Nuestro autor cita SC 59: Los sacramentos "no sólo suponen la fe, sino que, a su vez, la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y cosas; por esto se llaman sacramentos de la fe". Un 'feed back' importante y necesario.

Por otro lado, la catequesis gusta de la experiencia simbólico-ritual y acoge la celebración de la fe como lo que es: culminación de la vida cristiana. Una vez más, vemos que la lógica del proceso catequético debe contar con todo lo que requiere la misión eclesial: educación litúrgica, formación de la conciencia ante la moral, enseñanza de la oración e introducción tanto en la vida comunitaria como en la necesidad de una existencia misionera. Importa aunar todo cuanto es fuente de formación en la

⁸ MONS. J. LÓPEZ, a. c., 196, escribe: "Liturgia y catequesis intentan ambas, cada una de la manera que le es propia, resolver esta credibilidad y adaptarse lo mejor posible a sus destinatarios. La liturgia, consciente de que la *lex orandi* -la norma de la plegaria-, es expresión de la *lex credendi* -la norma de la fe- y fundamento de la *lex vivendi* -la norma de la conducta- (DGC 122), no puede prescindir de unos textos sancionados por la autoridad de la Iglesia, aunque para muchos resulten difíciles de comprender, sobre todo cuando ha faltado la catequesis litúrgica o se hace necesaria la inculturación del mensaje evangélico (DGC 103-113; 203-207) o de la liturgia misma. Ámbitos de inculturación especialmente importantes lo constituyen la catequesis de jóvenes y de adultos y la catequesis litúrgica (DGC 207)".

fe. A fin de cuentas, se trata de hacer discípulos, de entroncarlos con el misterio de Cristo, de introducirlos en su intimidad. Esta realidad se encuentra en la liturgia. El signo deviene eficaz, confiere la gracia. No hace rebaja alguna, sino que implica tanto el testimonio como la misión.

Catequesis y liturgia quedan comprometidas en aquello que constituye la tarea fundamental de la Iglesia: el anuncio del Evangelio a todos los hombres. Ambas se hacen cómplices para mostrar a Jesucristo que es el mismo ayer, hoy y siempre. Para que sea acogido como el Enviado del Padre, el Hijo único amado, el Salvador, la Buena Noticia... que trastoca positivamente la vida del que le quiere seguir. Vida que se vive en la comunidad eclesial. Vida que comporta la comunicación evangelizadora, la conciencia de la misión, el testimonio del gozo de una vida con sentido, la certeza de los valores trascendentes y de la vida eterna. Catequesis y liturgia forman parte del don de Dios. Nos ofrecen la Tradición viviente, el mismo Jesucristo que, para gloria del Padre y amor a los hombres, dio su vida para redimirnos. Catequesis y liturgia nos convierten en testigos del Resucitado. Nos permiten irradiar la Luz que aclara el misterio de la persona humana.

IV. EL EJE FUNDAMENTAL: LA INICIACIÓN CRISTIANA

Se ha hablado mucho de la iniciación cristiana. El tema, tal vez, nos dejaba un determinado mal sabor, porque tenía la apariencia de algo muy lejano. Como si fuera una teoría con poca incidencia. A medida que ha transcurrido el tiempo, hemos podido palpar la necesidad de esta iniciación. No sólo nos hallamos con unos bautizados poco convertidos -de alguna manera todos lo somos-, sino que esta empezando el fenómeno de la petición del bautismo. Por un lado, el problema se presenta en niños cuyos padres solicitan la primera comunión, y, por el otro, hay un determinado contingente de adultos no bautizados que piden el bautismo, unos porque desean recibir el sacramento del matrimonio y otros porque quieren hacerse cristianos.

Hemos iniciado hogaño una experiencia de catecumenado diocesano. Hemos puesto mucha ilusión en ella. Los candidatos son adultos que telefonaron con el deseo del bautismo. Los candidatos a los sacramentos de la iniciación cristiana son diez. Después de un encuentro personal con el sacerdote, se les asignó un tutor o una tutora, cosa que ha permitido un trato personalizado con cada uno y una primera evangelización. Ahora empieza la formación catecumenal propiamente dicha. Se procederá de acuerdo con el RICA.

Es demasiado pronto para hacer el balance de una realidad inicial. Pero la impresión es muy buena y la perseverancia en la preparación admirable. El equipo que conduce esta experiencia se ha visto obligado a reflexionar y a tomarse muy en serio el tema de la iniciación. Todos estamos contentos de poder llevar a cabo algo que ha surgido espontáneamente y que tiene buenos visos de futuro. También para la renovación eclesial. Los caminos de Dios son ciertamente inescrutables. Sin duda, los iniciados darán nuevo vigor a la Iglesia de Jesucristo.

Las diócesis -este es un buen signo- están actuando positivamente en este aspecto. Son bastantes los documentos y directorios que han elaborado. Y es bien conocido el documento de la Conferencia Episcopal Española sobre la iniciación cristiana⁹. Estas reflexiones y orientaciones episcopales son la muestra de la colaboración entre la catequesis y la liturgia. Supongo que ambas partes -así se puede deducir de la lectura del documento- han tenido que pactar. La tendencia litúrgica, a la que se le hace difícil la cuestión de la edad y el desplazamiento de la Confirmación, ha acogido la tendencia catequético-pastoral que sitúa la recepción de la Confirmación prácticamente en la juventud. No se ha dicho sobre esta cuestión la última palabra. Porque, en diversas épocas, se han asignado distintos papeles a la Confirmación. No se da problema en el caso de la iniciación propiamente dicha, es decir, cuando se trata de adultos no bautizados. Para las otras situaciones es lícito plantear una discusión. A pesar de la postura pastoral, no es imposible una revisión. De todos modos, es notable la posesión de este documento que expresa el compromiso entre la liturgia y la catequesis como realidad ineludible. A fin de cuentas, están condenadas a entenderse.

La iniciación cristiana exigirá -está exigiendo- mucho a la catequesis. En realidad, destaca una serie de cuestiones teológicas que son muy fundamentales para la formación de la fe. Una primera cuestión es la consideración de la obra iniciática como actuación de Dios, afirmación que no niega en absoluto la actuación humana. Ésta es colocada en el lugar que le corresponde. La iniciativa de la revelación -de la alianza- pertenece sólo a Dios. Esta verdad tan vital supone el contraste con la tendencia -más o menos pelagiana, más o menos jansenista- que tiende a pensar y actuar

⁹ LXX ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (Madrid, Edice, 1999). Este documento debe leerse a la luz de CEE, *La catequesis de la comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España, hoy* (1983).

como si casi todo dependiera de nosotros -como si nosotros lo hiciéramos casi todo-, y un poquito Dios, cuando la perspectiva real es la inversa en una verdadera antropología teológica. Al don de Dios sigue la respuesta libre del hombre. En la línea de una catequesis cristocéntrica, hay que subrayar toda la teología *ad extra* (economía) de la Santísima Trinidad, tan enfatizada en la iglesia de Oriente y tan necesaria para la vida espiritual. Es necesaria una visión transparente de la historia de la salvación, culminada en la Encarnación, vida oculta, vida evangelizadora, sufrimientos, pasión, muerte y resurrección del Salvador. La teología del misterio pascual y la pedagogía divina han de ser mostradas en todo su esplendor basado en la acomodación de Dios. De ahí la realidad de la filiación divina y también la mediación de la Iglesia.

nº 11.- "...La Iniciación cristiana, por tanto, ha de entenderse en primer término como obra de la Santísima Trinidad en la Iglesia. Del Padre que "nos ha elegido en Cristo antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos" (Ef 1,4-5); del Hijo Jesucristo que, 'sentado a la derecha del Padre', se hace presente a su Iglesia para insertar a los hombres en su misterio pascual; y del Espíritu Santo, el pedagogo de la fe y artífice de las obras maestras de Dios que son los sacramentos de la Nueva Alianza. La Iglesia es la mediación querida por Dios para actuar en el tiempo esta obra de la redención humana y de la participación de los hombres en la naturaleza divina.

nº. 12.- "Esta participación tiene cierta analogía con el origen, el crecimiento y el sustento de la vida natural. En efecto, los fieles renacidos en el Bautismo se fortalecen en el sacramento de la Confirmación y, finalmente, son alimentados en la Eucaristía con el manjar de la vida eterna, y así, por medio de estos sacramentos de la iniciación cristiana, reciben, cada vez con más abundancia, los tesoros de la vida divina y avanzan hacia la perfección de la caridad, de ahí que la iniciación cristiana se lleve a cabo en verdad en el curso de un proceso realmente divino y humano, trinitario y eclesial. Los que acogen el mensaje divino, atendiendo a la invitación de la Iglesia, son acompañados por ella desde el nacimiento a la vida de los hijos de Dios hasta la madurez cristiana básica..."¹⁰.

¿Dónde estamos ubicados? Escribe Juan Pablo II: "El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener

¹⁰ CEE, o. c., 14-15.

familiaridad con la profundidad del misterio de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús¹¹. La catequesis anuncia el don de Dios, que es su Hijo encarnado. Él llena nuestras esperanzas y su persona es el gran regalo para la humanidad. En definitiva, el acto catequético proclama que Jesús es el Hijo de Dios, en quien descubrimos el amor del Altísimo. Somos llamados a unirnos a Él para la salvación. Jesús es la explicación de todo y todo lo conocemos por Él en el orden de la fe. Cristo, muerto y resucitado, continúa su presencia en el mundo a través de la Iglesia, nuevo Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo. La Iglesia es ahora Cristo que pasa obrando el bien por doquier y tanto anunciando como realizando su salvación. Lo hace con la predicación de la Palabra, la celebración de los sacramentos y el testimonio de la caridad. La dinámica catequética introduce en la Iglesia a través de las acciones sacramentales. Misterio de comunión que nos lleva a Cristo y a los hermanos.

Hay que añadir que el camino catequético conduce a los sacramentos. La catequesis anuncia la salvación y los sacramentos la dan. Por tanto, catequesis y liturgia se implican. La catequesis ha de entusiasmar por el encuentro con Jesucristo. Encuentro que tiene lugar, de un modo eminente, en los sacramentos. En consecuencia, se debe afirmar que una catequesis sin celebraciones litúrgicas es inconcebible. Ambas conducen al compromiso, puesto que la catequesis clama por la verdadera conversión. Osamos escribir -sin miedo a equivocarnos- que la misma catequesis tiene un cierto cariz litúrgico desde todos sus puntos de vista. El mismo lenguaje catequético y el litúrgico están emparentados en tanto que, en su mayor parte, beben de la fuente de la Escritura y de la Tradición.

El modelo catequético se verá enriquecido en la medida en que tome como paradigma el Ritual para la Iniciación Cristiana de los Adultos (= RICA).

V. ACTITUDES PREVIAS PARA LA CATEQUESIS QUE SE VIENE DESCRIBIENDO

El lector, con razón, puede pedirnos un aterrizaje concreto de las ideas que hemos ido desgranando. Lo vamos a intentar preguntándonos qué tipo de actitudes previas y básicas ha de tener el catequizando para ser sensible tanto a la catequesis como a la liturgia, sin olvidar ni la moral ni la oración.

¹¹ *Redemptor hominis* 10.

Se habla, en pedagogía de formación global o unitaria. En verdad, la formación en la fe -hemos insistido mucho en ello- tiene cuatro incidencias fundamentales. Hablamos, pues, de una formación integral, de “una acción orientada a conferir al hombre una ‘forma vital’ unitaria, ayudando a la persona a desarrollar todas sus cualidades y capacidades de una manera armónica y equilibrada, y haciéndole adquirir las capacidades teóricas y prácticas para actuar y asumir determinados comportamientos en relación con un proyecto unitario de vida. Refiriéndonos a la formación ‘litúrgica’, debemos, pues, considerarla no como un sector autosuficiente, externamente yuxtapuesto a otros sectores, sino como un aspecto y un componente de la formación integral del hombre-cristiano”¹².

Conviene que, en el que recibe la catequesis, haya el propósito necesario para toda educación unitaria personal: saber escuchar, enseñar a interiorizar y exteriorizar lo aprendido, suscitar la sensibilidad ante la creación y las personas, mostrar la importancia de la dignidad propia y la de los demás, exponer el sentido de la comunicación a través de gestos y símbolos, aprender a juzgar las cosas no por su gran tamaño sino por su verdadera importancia, descubrir la necesidad de aprender y suscitar hambre de saber nuevas cosas, ayudar a desvelar el sentido de la contemplación, sugerir que ante los beneficios siempre hay que dar las gracias, concitar la verdadera alegría, explicar como forma parte de la persona el mantenimiento de la palabra dada, hacer que florezca y crezca el sentido comunitario, enseñar que existe una responsabilidad personal y la consiguiente coherencia, suscitar el gusto por el arte, la música, la poesía..., dar elementos críticos que permitan evaluar los eventos y las actuaciones de las personas, favorecer el conocimiento de uno mismo, exponer maneras de estar distendido -olvidando cosas anteriores- para captar y vivir lo que sucede o se nos explica en cada momento determinado, ofrecer ocasiones agradables de silencio, alejar al que se forma del juicio a través de elementos superficiales o demasiado comunes en la sociedad, insistir en la necesidad de verificar los tópicos que parecen verdades intocables, educar para tomar decisiones personales contrastadas con la objetividad de la moral y de la ley, instruir en la necesaria relativización de los criterios personales y del juicio precipitado que los demás puedan hacer de nosotros, patentizar el valor de la fortaleza ante las dificultades, evidenciar el sentido del humor, fomentar el sentido del orden, exhortar a acabar las cosas que se empiezan, hacer entender que no hay que actuar ni por miedo ni por recompensas, suscitar la capacidad de

¹² M. L. PETRAZZINI, “Formación litúrgica”, en *Nuevo diccionario de liturgia* (Madrid 21987).

comprensión del que se pone en lugar del otro... Se podrían añadir muchas más actitudes en esta lista. He indicado las que me parecen necesarias como base en la cual se pueda levantar la formación humana y, por ende, la cristiana.

Ilustra y concreta todavía más el siguiente texto: "Sin querer agotar o limitar el ámbito de opciones posibles, pueden ser útiles algunas indicaciones a título de ejemplos:

a) *Experiencia comunitaria* (celebraciones que expresen el significado de estar-juntos, acogerse, reconocerse recíprocamente, estar implicados comunitariamente en el actuar ante Dios...)

b) *Experiencia simbólica* (acciones comunitarias donde se subraya un particular elemento simbólico o un actuar mediante símbolos con una carga de determinados significados...)

c) *Expresión gestual y corpórea* (secuencias mímicas, dramatizaciones que ayuden a comprender e interiorizar el significado profundo de los gestos, actitudes y movimientos corpóreos habituales en las acciones litúrgicas...)

d) *Actitudes de silencio-escucha-respuesta* (celebraciones de la palabra con oportunos ejercicios de pausas de silencio que ayuden a percibir la relación dinámica entre palabra, silencio y oración...)

e) *Actitudes de oración: alabanza, acción de gracias, ofrenda, petición, perdón...* (celebraciones de oración centradas cada vez en una de las actitudes fundamentales; celebraciones penitenciales...)"¹³.

El deseo es proponer el modelo educativo que tiene en cuenta toda la persona. Al iniciar nuestra reflexión nos referíamos a una catequesis que parecía estar muy anclada en una postura de clarificación meramente intelectual. Claro que es básico tener la cabeza bien amueblada y saber de qué van los asuntos. Pero, sin olvidar esto, hay que mirar los otros aspectos de la persona humana. La persona, gracias a Dios, goza de inteligencia, pero tiene corporeidad, afectividad, sociabilidad. Y no posee sólo ideas, sino también impulsos, estímulos, sentimientos, motivaciones... Es esta persona la llamada a acoger el Evangelio, la que debe llegar a la intimidad con el Señor, la que vive las virtudes teologales en la Iglesia y en el mundo, la que debe testimoniar la fe y la esperanza.

"Cuando alguien catequiza, obviamente, se sitúa ante una persona que ha de responder a la llamada de Dios. Y cada persona tiene un talante determinado, según su historia familiar, su ambiente, su carácter... No es lo mismo hablar con un niño, un adolescente, un pesimista o una

¹³ *Ibid.*

persona alegre. La pedagogía se rige siempre por la ley de la acomodación, esto es, el mensaje, sin perder absolutamente nada de su contenido, se ha de ofrecer con el revestimiento adecuado al receptor. Es, pues, muy importante el conocimiento de la persona del educando. En realidad este es el mismo camino de Dios para revelársenos. Lo hizo gradualmente, según el momento histórico y el modo de ser de los hombres, pronunció palabras que comprendemos -nuestras mismas palabras- y, finalmente, su Verbo se hizo carne con todas las consecuencias de vida y muerte. La catequesis es, por tanto, antropológica, porque ha de partir de la persona concreta. Hay que analizar, en consecuencia, las preocupaciones, estímulos y valores del sujeto a fin de proyectar, sobre sus realidades, el mensaje evangélico. Este debe ser interiorizado y expresado para conseguir la finalidad de la catequesis”¹⁴.

VI. LA FORMACIÓN LITÚRGICA

Hemos indicado -quizá hasta la saciedad- que “toda forma de catequesis conduce a la celebración... y, en definitiva, a la vida”. Este principio es básico y la catequesis no lo puede olvidar, puesto que forma parte de su totalidad. Aquí manda la dinámica de la misma evangelización¹⁵.

Todavía podemos añadir -siguiendo a Mons. López- que “la exposición del misterio de la salvación en la catequesis induce a la conversión y el desarrollo de la fe que encuentran en la liturgia la actualización de la historia salvífica y el medio eficaz de la incorporación del hombre al misterio de Cristo (DGC 84; 122). La catequesis, basada en la Palabra de Dios (DGC 95), hace madurar la fe en el corazón del catequizando y lo lleva a profesarla, a expresarla en la celebración y a manifestarla en el testimonio de la vida (SC 9; AG 5, 13-14)”¹⁶.

Indicaremos, después, una lista de temas. Pero antes quiero escribir sobre la necesidad de utilizar las fuentes litúrgicas en las catequesis y en los catecismos. Pensemos en el Misal Romano, en los leccionarios, el evangeliario, los rituales, el bendicional, la liturgia de las horas, la historia de la liturgia, las catequesis sacramentales de los Padres, el cantoral, el año

¹⁴ J. GUIERAS, *Fets i paraules. Manual per a la formació de catequistes*, vol I (Publicacions de l'Abadia de Montserrat).

¹⁵ DCG 60 ss.

¹⁶ Un estudio detallado y breve se encuentra en C. SCHÖNBORN, *Fuentes de nuestra fe. Liturgia y sacramentos en el Catecismo de la Iglesia Católica* (Madrid 2000).

litúrgico, el martirologio romano... Debería ser natural que aparecieran elementos de estos libros tanto en la explicación doctrinal como también para la educación en la celebración y en la oración. Evidentemente hay una conducción sobre la vida nueva en Cristo Jesús.

En esta línea debemos decir que hay una serie de temas de fondo que los redactores de los catecismos y los catequistas deben tener presentes: la pedagogía divina está presente en la liturgia a través de la proclamación de la Palabra y de la misma sacramentalidad; se ha de mostrar la progresión de la historia de la salvación y su culminación en Cristo, cuya obra se hace realidad, ahora y aquí, en los sacramentos que Él instituyó y que confió a su Iglesia; la liturgia celebra siempre el misterio de Cristo en sus distintas formalidades y, por tanto, hace experimentar el cristocentrismo de la catequesis y de la vida cristiana; la importancia de la Iglesia educa en la valoración de la comunidad cristiana, siempre llamada a una mayor imitación de Jesucristo; la liturgia es culmen y fuente de la vida cristiana; la sacramentalidad como manera de relación humana y, por tanto, como forma normal de la relación con Dios: nuestra condición es sacramental y hay una acomodación de Dios a nuestra manera de ser; el verdadero sentido de una participación litúrgica plena, consciente y activa; el silencio como valor participativo; la liturgia como lugar de oración; la liturgia como don de Dios y, primordialmente, por parte del hombre, acto de culto a Dios Creador y Salvador; el concepto exacto de Misterio Pascual; el ritmo de la liturgia de la Iglesia; la unidad, que debe darse, entre culto y vida; el sacerdocio común, ejercido en la celebración litúrgica; los diversos modos de la oración - alabanza, petición, acción de gracias, perdón...- presentes en la celebración; el conocimiento bíblico como elemento para una mayor comprensión de las celebraciones... Un listado muy largo y, tal vez, incompleto.

¿Qué hacer concretamente? Recurrir primero a los elementos más visibles del templo. Por ejemplo: la pila bautismal, la cruz, el altar, el sagrario, las imágenes, las vestiduras y ornamentos sacerdotales, diaconales y de los otros ministros..., la luz de los cirios o la que se filtra a través de los vitrales, el Misal y el Leccionario que deben ser tratados con suma delicadeza, el silencio que se debe guardar en el templo y, especialmente, para poder escuchar la palabra de Dios, las crismas, el confesionario...

La sesión catequética, además de contener elementos litúrgicos, debería, al empezar o al terminar, tener un momento de plegaria en el templo y descubrir alguno de sus elementos. Habrá muchas ocasiones en las que lo referencial será fácil. Así, si se habla del bautismo, de la eucaristía, del sacramento de la reconciliación, de la Virgen... El templo es la casa de Dios

por la que no pasamos de largo. Y un lugar que debe hacérsenos cada vez más familiar.

Quiero notar el sentido del año litúrgico como impregnando la catequesis y, a su vez, rimando la espiritualidad cristiana. En efecto, cada tiempo de la liturgia apunta a determinadas virtudes. Por tanto, la liturgia ha de ser vista como fuente de vida espiritual. Por otro lado, tanto la Palabra de Dios como los sacramentos confieren la gracia que nutre las virtudes teologales y las demás actitudes cristianas. A fin de cuentas, la misma iniciación cristiana lleva al precepto fundamental: "Amaos los unos a los otros con el mismo amor con el que yo os he amado".

El eje iniciático debe explicar los ritos y signos bautismales: el signo de la cruz, el óleo de los catecúmenos, las letanías de los santos, el significado y la bendición del agua, el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, la unción con el crisma, la imposición del vestido blanco, la significación del cirio encendido en el cirio pascual, la valoración del gesto de los padres -si se trata de bautizados- que les procuraron la mejor dote, los padrinos del bautismo, los efectos y las consecuencias del bautismo: la filiación divina y la entrada en la Iglesia...

Luego la Confirmación guiará a otros elementos catequéticos: aquí se subrayará el don de Dios por encima de las decisiones personales (Dios guía mi vida y yo coopero), la renovación de las promesas bautismales, la crismación, el don del Espíritu Santo, la fortaleza para la santidad y el testimonio, la implicación eclesial, la necesidad de protagonizar la evangelización...

En tercer lugar, aparecerá la riqueza de la Eucaristía: culmen de la iniciación cristiana, la doble mesa (Palabra y Eucaristía), la estructura de la misa, las diversas presencias de Jesucristo, la comunidad cristiana que se hace visible como tal, una acción de culto a Dios, la celebración del domingo, la petición de perdón, la Palabra (sentido y lugar), la homilía, la profesión de fe, la plegaria universal, la preparación del pan y el vino, el conocimiento de la plegaria eucarística y la manera de seguirla, la presencia real de Cristo operada por las palabras de la narración de la institución de la Eucaristía, pronunciadas por el sacerdote después de la invocación del Espíritu Santo, las intercesiones por el Papa, el Obispo y toda la Iglesia, intercesiones por el mundo (puesto que Cristo dió la vida por la humanidad entera), la intercesión por los difuntos y por los presentes (ambas explicitando el sentido de comunión), el Padrenuestro, la comunión con el Cuerpo de Cristo, la procesión de comunión, el silencio, la oración de postcomunión que, generalmente, hace referencia a la comida en la mesa definitiva del Reino, la bendición final y la despedida, en la que el sacerdote nos invita a ser

portadores de la alegría del Señor y de su mensaje transformador del corazón humano y del mundo entero. No olvidar que la plegaria eucarística es toda ella una gran acción de gracias.

Es necesario colocar aquí los elementos del sacramento de la penitencia, teniendo en cuenta el Ritual de la penitencia. Insisto en ello, porque este Ritual, según como se mire, está todavía por estrenar. No sé si a los ministros de este sacramento y a los penitentes les resulta fácil adaptarse al rito. Considero que debería atenderse bien este aspecto.

Todo tiene un entronque con la catequesis mistagógica. Mistagogia significa 'conducir al misterio'. Clásicamente, en los Padres, era una catequesis posterior a la recepción de los sacramentos de la Iniciación. Se trata de presentar los sacramentos dentro del 'hoy' histórico salvífico de la liturgia, de manera que los sacramentos aparecen como acontecimientos situados dentro de la historia de la salvación. Aquí se puede y debe profundizar en los signos-realidades celebrados y en el sentido comunitario. Da pie a la formación permanente en la fe. Asegura la continuidad de la participación en los sacramentos¹⁷.

He aquí múltiples elementos que dan pistas concretas para el lenguaje litúrgico en la catequesis. Según las edades deberán elegirse los puntos determinados. De todos modos, los mismos niños son muy capaces de comprender los signos y los ritos. Y darles su entidad. Hay que tener presente, por lo que se refiere a la Eucaristía, que para los niños existen tanto un Leccionario como tres Anáforas. Y que todo esto no significa que no deban tenerse otros actos de piedad popular. Estos también pueden dar elementos de buena formación y mostrar verdaderos puntos de intersección con la liturgia.

VII. LOS CATEQUISTAS NECESITAN TAMBIÉN ESTA FORMACIÓN LITÚRGICA

La catequesis es la comunicación de la experiencia de Cristo en la Iglesia. El catequista lo sabe claramente. Más, desea comunicar la experiencia eclesial de la fe que es gozo y libertad. Por tanto, se acerca a beber las aguas de las fuentes catequéticas. Quien da catequesis se sabe puente entre Dios y el catequizado, los dos grandes protagonistas de la acción catequética. El catequista valora que tiene entre manos una tarea primordial en la Iglesia y que se le ha dado una misión que le ennoblece. Juan Pablo II,

¹⁷ Cf. MONS. J. LÓPEZ, *a. c.*, 200.

en la Exhortación Apostólica post-sinodal *Catechesi Tradendae*, afirma que es la acción primera que pertenece a la Iglesia, de acuerdo con el mandato de Jesús. Por tanto, quien colabora en la catequesis se sabe llamado al anuncio de Jesucristo y aporta una espléndida obra a la comunidad cristiana y al mundo. Esta tarea, tan alegre y feliz, supone una vida espiritual muy profunda y una formación continuada. El catequista, persona integrada en la comunidad, conoce la Palabra de Dios, participa en la Eucaristía, ora asiduamente... Posee un gran sentido de Dios y de la Iglesia. Y procura su madurez humana, tanto intelectual como afectiva.

Además de conocer el gran libro de catequesis -la Biblia- y la doctrina de la Iglesia tanto por lo que hace a la fe como a la conducta cristiana, el catequista sabe que la liturgia ha sido siempre vehículo catequético que ha contribuido, de manera importante, en la transmisión de la fe. La liturgia y la catequesis deberían aproximarse mucho más; la primera celebra el misterio anunciado por la segunda. La catequesis debería llevar connaturalmente a las celebraciones. El educador, usando la manera litúrgica de orar, prepara para las celebraciones eclesiales en las que se insertará el catequizado.

Sabemos que no es fácil la perseverancia de los catequizados en las celebraciones litúrgicas. Sin duda, a veces, se tiene la sensación que la catequesis no da frutos. Porque llegados al momento sacramental parece que se da todo por terminado: la catequesis y la vida cristiana. El problema existe. No por ello podemos abandonar la educación de la fe. El educador siembra. Y no espera recoger frutos. De todos modos, no debemos cansarnos de dar motivaciones para la participación litúrgica. Y, al mismo tiempo, hemos de trabajar, sin pausa, este campo de manera que las mismas celebraciones puedan ser vivas y transparentes, sin dejar de ofrecer el misterio. El misterio de Cristo es un tejido de amor y de la oscuridad de la fe. No obstante, todo amor -el amor humano también- es un misterio. No nos cansemos de trabajar en el campo catequético. No nos descorazonemos. A fin de cuentas, el verdadero Maestro y Sembrador es Cristo. Él ama, mucho más que nosotros, a los catequizados y a sus familias. Sepamos tender la mano a todos y, con una postura lúcida, tranquila, dulce y caritativa, irradiemos la luz de Cristo paciente con sus discípulos. Al Señor le costó mucho formar a los suyos.

VIII. LA FORMACIÓN LITÚRGICA DE LOS PRESBITEROS Y DIÁCONOS

Siendo tal la importancia de la liturgia en la vida de la Iglesia y, por tanto, en la educación de la fe, los presbíteros y diáconos deben poseer una buena

formación. Ellos son los que, en nombre de Cristo, *in persona Christi*, presiden las celebraciones. Deben poner lo mejor de ellos en este oficio.

Pero no basta la buena voluntad. Uno ha asistido a algunas celebraciones en las que el sacerdote -recuerdo ahora un entierro- improvisó, en aquel momento, el ritual. La verdad, es que quedé admirado. El mismo celebrante, al improvisar, no consiguió dar una línea coherente a la ceremonia. Mejor dicho, entró en varias contradicciones. Creo que resultó lamentable y me pareció que la oración y el sentido de la muerte cristiana quedaban bastante mal parados.

Los que celebran deberán haber recibido, en los Seminarios o Institutos de Ciencias Religiosas, la adecuada formación litúrgica. Deben saber dónde se encuentra cada elemento del Ritual que usen o del Misal, las leyes de la celebración, la delicadeza de la fidelidad al lenguaje y ritos eclesiales para evitar todo subjetivismo clerical, la manera de saber comunicar el mensaje, el modo de conectar con la asamblea, el procedimiento para ayudar en cada momento a vivir el misterio de Cristo, la afabilidad en la predicación, el cuidado del altar y el ornato del templo, la limpieza de los ornamentos y de los objetos de culto, el ser presencia del Señor, el ritmo litúrgico, la situación adecuada de los cantos...

Todas estas reflexiones pueden parecer una carta a los reyes magos. No es esta la intención. Implican el testimonio -no sé si vehemente- de quien tiene sobre sus espaldas una larga experiencia catequética y educativa. Con una gran predilección por los niños y jóvenes. Y con un gran aprecio a los catequistas. Además de haber confeccionado una obra divulgativa que, perdonen la inmodestia, posee, como mínimo, una gran ilusión catequética con el deseo de que Cristo sea conocido, celebrado, vivido y contemplado.

IX. CAMINAR DESDE CRISTO

He aquí el título de la tercera parte de la carta apostólica de SS. Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*. En este apartado del documento da unas orientaciones pastorales, que incluyen: la santidad, la oración, la eucaristía dominical, el sacramento de la reconciliación, la primacía de la gracia, la escucha de la Palabra y el anuncio de la Palabra. Bajo estos titulares, tan amplios, caben los elementos de la formación que desea forjar discípulos del Señor Jesús. El sucesor de Pedro titula el siguiente capítulo: *Testigos del Amor*. La apuesta pontificia es, en estos momentos, por una espiritualidad de comunión "para ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo".

Ponemos punto final a este artículo con estas palabras del Papa: “Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos. Espiritualidad de comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad del Cuerpo místico y, por tanto, como ‘uno que me pertenece’, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de comunión es también capacidad de ver ante todo lo positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como un regalo de Dios: un ‘don para mí’, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente, En fin, espiritualidad de comunión es saber ‘dar espacio’ al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y cumplimiento”¹⁸.

Espero que esta reflexión pueda ser útil para contornear el papel de la liturgia en la orquesta de la catequesis. Que los cuatro instrumentos (fe conocida, fe celebrada, fe vivida y fe contemplada) hagan sonar la sinfonía de Cristo Señor y Salvador. Y que mueva el corazón de los hombres y mujeres de hoy en pro de la civilización del amor.

¹⁸ JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte* 43.